

Globethics Repository



Nacionalismo y conflicto en América Latina [Nationalism and conflict in Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Ruiz Eldredge, Alberto
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-15 00:26:43
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222262

Nacionalismo y conflicto en América Latina

Alberto Ruiz-Eldredge

Es preciso, en primer término, diferenciar, en cuanto a América Latina se refiere, el concepto de nacionalismo que se está formando en la región muy distinto del generado en Europa en el siglo XIX y aún entrando el siglo XX, que dio lugar a tan funestas luchas y disputas que han retardado el progreso de la humanidad. Por eso, la experiencia europea en esto - en cuanto la experiencia es también historia de errores - ha sido y tiene que ser todavía muy útil para que los pueblos de Latinoamérica se alejen del monstruo que comporta la deformación del nacionalismo.

Y no es que en Latinoamérica el fenómeno deformante haya terminado. Por el contrario, subsisten todavía modalidades que, dentro de una perspectiva optimista, comportan algo así como los estertores de una etapa muy negativa como el canto de un negro cisne agonizante.

Se puede, por ende, hablar de un nacionalismo negativo; y de un nacionalismo afirmativo, progresista, que paradójicamente se internacionaliza: y, tomando un nuevo nombre: Nacionalismo Latinoamericano no descarta tampoco las distintas vertientes humanistas que impulsan al entendimiento universal, a la cooperación, a una interdependencia de pares (iguales no sólo jurídicamente sino en las condiciones de vida digna para el desarrollo).

Algunos nacionalismos europeos se basaron en una especie de predestinación metafísica (Fichte, Hegel, Michelet, Barrès, Maurras) que se vincula a la defensa de una herencia histórica que se considera urgen mantener, proyectar e imponer como un deber trascendente: fenómeno de algunos sectores de Israel, distintos de la filosofía humanista de Martín Buber; los defensores, en épocas anteriores, del culto a Federico II en Alemania y al prestigio del Santo Imperio; el pensamiento y la acción anglosajona basados en la interpretación calvinista del buen éxito, del fuerte, del que progresa; los seguidores de cualquier tendencia del fascismo.

Otro ingrediente del nacionalismo negativo es la predestinación biológica de cuya noción surgen todas las formas de racismo que han operado y aún operan en varios países de Europa, en los Estados Unidos, en el Asia; y que no deja de te-

ner algunos herederos y albaceas en la América Latina. El darwinismo social, pensando en la supervivencia de los más fuertes que se supone aporta la biología (lo que es científicamente discutible), ha alimentado sin duda alguna aquello de la predestinación biológica.

Tienen que agregarse, asimismo, los conceptos geopolíticos, según los cuales "la geografía determina la historia". El sueco Kjellen, el general Haoushofer que jefatura una escuela sobre la materia y Rätzl en su Geografía política, alimentan decisivamente la deformación nacionalista porque se vinculan dichos conceptos geopolíticos al racismo, a éxitos históricos casi siempre guerreros, a objetivos expansionistas, a tradiciones de ejercicio de la fuerza emanadas de la etapa medioeval que llevan hasta el elogio de lo bélico, idealizándolo, convirtiéndolo en valor, como el libro: *La Guerra, Ensayo de Política Evolucionista* (Klaus Wagner). El nacionalismo de tales raíces, lo deforma todo: el amor a la patria, pues lo convierte en xenofobia; el ser social, que deviene en culto del yo hasta el superhombre y en egoísmo seudo triunfante; el deber del presente, cambiado por excesivo culto al pasado, a los muertos; el ideal democrático, que se sustituye por imposiciones, absorción de poder, centralismo, maniqueísmo, antiprogresismo, dureza política y social (Charles Maurras odiaba las tres erres: Reforma, Revolución y Romanticismo).

Pocos son, en ese entonces, los que de la hoguera nacionalista de tal estirpe pueden conservarse inmunes. Tal vez el más antiguo, dentro de este orden de cosas: Mazzini que, a pesar de los anhelos de su patria, cultiva un nacionalismo literario y romántico que busca el reinado de la justicia y la paz y rechaza el mercantilismo, que cree en el progreso de la humanidad, en la fraternidad, en la fusión de clases y en la unidad del pueblo. Por felicidad, en la segunda mitad de este siglo es evidente que en todos los pueblos europeos ha habido una poderosa y progresista reacción contra el nacionalismo deformante y xenófobo, en particular en los grandes sectores de opinión y de organizaciones imbuidos ya sea de la filosofía cristiana o de la filosofía marxista o de cualquiera de las vertientes humanistas y socialistas.

(Sobre estos antecedentes, puede verse un mayor análisis en el texto *Historia de las Ideas Políticas* de Jean Touchard, Ed. Tecnos Madrid - 3a. edición. Segunda reimpresión, 1972).

El cisne negro del nacionalismo deformado y deformante está, pues, ya en el mundo europeo felizmente en agonía; y, antes bien, las formas político-jurídico-

económicas de las comunidades de acercamiento, cooperación, interdependencia, servicios e infraestructuras de la energía, del transporte, de las finanzas y, hasta el turismo, vinculan cada vez más a los pueblos de esa región, a pesar y por encima de discrepancias ideológicas. Y a este amanecer se han agregado, recientemente, naciones hasta hace poco sumidas en nacionalismo de tipo fascista como España y Portugal.

El lastre del nacionalismo deformante

Es preciso admitir que, lamentablemente, todavía hay en América Latina ingredientes del nacionalismo clásico, al viejo estilo del siglo pasado o de las primeras décadas del actual.

Nacidas las naciones latinoamericanas de una larga y dura insurgencia contra el imperio español (más pacíficamente Brasil contra Portugal) y lograda la independencia política, aparecen de inmediato las pugnas fronterizas que devienen en contiendas bélicas, excitantes del nacionalismo xenófobo. La división se acentúa porque la acción de Inglaterra, que penetra económicamente en el nuevo mundo liberado, impulsa el fraccionalismo: "dividir para reinar" es el lema que se impone como política, heredada luego por el imperialismo del dinero que hoy en día reside en Wall Street.

El nuevo estado de cosas en el siglo XIX, que es el siglo de la independencia política, impone al Perú guerras con todos sus vecinos, excepto con el Brasil; empero sufre pérdidas territoriales importantes pues, por encima de las contiendas favorables o no, la agresión constante y la presión internacional de los sucesivos imperios mundiales, disminuye las fronteras en el caso peruano y lógicamente excita el nacionalismo, los unos por adquirir y el otro por no perder. Se ejemplifica con el Perú por haber sido un Estado organizado y autónomo en el preIncanato, sea con los Mochicas o el Chimú y más durante el Incanato en que adquiere una trascendencia organizativa exaltada por Toynbee; y por ende, tenía que despertar celos y pretensiones de nacionalidades en formación. Inclusive, en la etapa colonial, el Virreinato de Lima adquiere el carácter de centro principal; y, es por esto, que después de todas las rebeliones autónomas del siglo XVIII habidas en el Perú (John Rowe las relata en *El Movimiento Nacional Inca del siglo XVIII*), que culminan con el alzamiento famoso de Túpac Amaru II, es necesario que confluyan todas las fuerzas insurrectas: San Martín desde el sur y Bolívar desde el norte, para culminar la independencia en las batallas de Junín y Ayacucho del 6 de junio y del 9 de diciembre de 1824. Y aún todavía en 1866, cuando el Imperio Español

pretende retornar enviando una escuadra, el Perú organiza una entente Latino-Americana de resistencia que, después de varios combates importantes, culmina con el triunfo definitivo latinoamericano de El Callao, puerto principal del Perú, el 2 de mayo de 1866.

Empero, habiendo sido el Perú el tronco durante tantos siglos, resulta explicable que las luchas por expansión de fronteras, impulsadas inclusive por los intereses británicos, se esmeraran por desmembrar lo que había sido el imperio peruano y lo que fue el centro colonial y el enorme territorio de las primeras décadas de la independencia política.

Por otras razones otra nación, el Paraguay, que resistía nacionalísticamente a la penetración británica, padeció la guerra de mediados del siglo pasado, llamada la guerra de la Triple Alianza, postrándose así el desarrollo y progreso del pueblo paraguayo.

También puede recordarse el episodio de la Gran Colombia, cuya última separación ocurrió en 1903, con el surgimiento de Panamá, hecho impulsado por Estados Unidos con el objetivo del Canal.

Los intentos de cohesión, como la Confederación Peruano-Boliviana en la primera mitad del siglo XIX, fueron rápidamente combatidos por toda clase de nacionalismos deformantes de esa época: a la visión de Santa Cruz, heredada de Bolívar, se opusieron tanto chilenos, como el Gobierno Argentino de Rosas, e inclusive peruanos y bolivianos por recíprocas imputaciones de supuesto hegemonismo; en cambio San Martín, algunos líderes peruanos y O'Higgins, avalaron a la Confederación que debió ser el núcleo o raíz del neo-nacionalismo latinoamericano.

Hoy en día, el Grupo Andino surgido del Pacto de Cartagena de 1969, debería merecer el más grande apoyo no sólo de la región, sino de las potencias que miran con ojo realmente avizor el futuro de la humanidad. Este futuro exige la integración (dentro del respeto a la igualdad jurídica y real) de los estados y de los pueblos que viven dentro de condiciones culturales, económicas, sociales, territoriales, de gran similitud. Pocas regiones pueden presentar tantos motivos de unión, como Latinoamérica. ¿Qué es lo que lo impide? De un lado la subsistencia de nacionalismos deformantes; de otro lado, el juego de los intereses del imperia- lismo del dinero y del poder económico-financiero transnacional.

Empezando por lo primero, es decir, los rezagos de nacionalismos deformantes, debe seguirse cierto método en procura de un mejor orden en el análisis.

Dentro de este criterio habrá que comprobar o, mejor dicho, cotejar la subsistencia de aquellos caracteres que deformaron el nacionalismo europeo del siglo XIX y comienzos del actual. Si se tratara de herencia histórica, son las naciones mexicana, guatemalteca, ecuatoriana, peruana y boliviana las que más podrían aferrarse a un nacionalismo de tal especie, por la existencia de muy antiguas culturas. Por ejemplo ya se ha dicho el alto nivel que a las organizaciones andinas les concede Arnold Toynbee, que alcanzaron verdadero nivel de Estado. Económicamente se desarrollaron con autonomía y llegaron a sistemas sociales en los cuales no existía la desocupación ni el hambre, dentro de un régimen de propiedad colectiva y de familia extensa, conformando grupos humanos solidarios. Su defecto fue lo imperial, lo teocrático, el centralismo absorbente y la división de clases muy definidas y separadas. No podemos negar que en nuestros países hay algunas corrientes indigenistas poderosas; pero también es cierto que más lo fueron en las épocas posteriores a la Primera Guerra Mundial hasta los comienzos de 1930 y años siguientes. En México se cultivó siempre una afirmación que defendía a la Cultura Azteca y Maya aún por encima, en varios aspectos, del mensaje europeo a través de España. Este nacionalismo mexicano fue útil y lo es para defender sus formas culturales, su modo de vida, frente a su vecina gran potencia del norte; a punto tal que tal vez son más penetrantes en el sur de los Estados Unidos (que por otra parte fue antiguamente mexicano) las modalidades y costumbres de su vecino del sur, que las de aquel en éste.

En el caso mexicano su nacionalismo no es conflictivo. Es meramente afirmativo frente al norte; y en cuanto al sur, con Guatemala no existe tensión mayor, salvo la subsistencia de una reivindicación mexicana en Belice para el caso de que no fuera independizada y se incorporara a la República de Guatemala.

En lo que atañe a la herencia histórica como carácter del nacionalismo, no debe descartarse el caso de Brasil, como sucesora del legado lusitano, en sus polémicas y rivalidades de los tiempos del Imperio Portugués y del Imperio Español. Para Brasil es muy importante su Imperio, con Pedro I y Pedro II, cuya organización cohesionó a los americanos-lusitanos e impidió su dispersión, conformando una gran unidad en el continente latinoamericano. Este hecho histórico del siglo pasado y su intervención en la política internacional, que ha sido y es trascendente hasta en los conflictos mundiales, le da pues un carácter señero a tal legado histórico brasileño.

Racismo

En cuanto a lo que se llama predestinación biológica, de innegable herencia racista, parece absurdo considerarla siquiera en una América Latina que es mestiza y que hasta se le llama poéticamente la "América Morena". Hasta los estudios geogénicos demuestran la unidad geográfica, hace millones de años con lo que ahora es el África; y el famoso brasileño Euclídes D'Acunha, tiene preciosos apuntes al respecto (A Margem da História. Ed. Lello Brasília, 1967, Págs. 11 y siguientes).

Las únicas formas de racismo (que también serían absurdas) que podrían argüirse son las del recuerdo de pueblos y culturas que alcanzaron altos niveles de organización, como los quechuas, mayas, aymarás, aztecas, cuyos núcleos poblacionales han podido mantener, con inteligencia y valor, sus costumbres, tradiciones, lengua, instituciones y otras expresiones culturales, a pesar de todas las formas de agresión que en la Conquista y hasta en la época Republicana padecieron y padecen.

No obstante, en algunos sectores minoritarios de La Plata se ha oído decir: "La única república blanca de América"; y "el único indio bueno es el indio muerto". En casi todas las otras repúblicas de América Latina se hipertrofió la separación entre algunas minorías blancas o semiblanas y las grandes masas de poblaciones serranas, negras, de fuerte mestizaje, que quedaron discriminadas, explotadas u olvidadas. Y esto se justificaba con la "superioridad" de la raza, con la "incultura" de las masas campesinas o con cualquier otra forma de cinismo racista. Esto no ha desaparecido del todo pues las corrientes fascistas, sobre todo en el Cono Sur, no dejan de pretender ese llamado estilo de predestinación biológica. En las pugnas fronterizas reaparece esta pretensión, que inclusive adopta formas del más puro europeísmo trasnochado. Se ha leído en un reportaje publicado recientemente en Lima (Revista "Caretas" No. 550, de 16/11/78, págs. 70 a 72, reportaje de Nicholas Asheshov), a marinos de Chile, llamar a sus vecinos argentinos, dentro del actual problema del mar del Beagle, "los italianos"; afirmándose ellos como "británicos". Se querría dar así un significado de supuesta superioridad basada en el acontecer histórico de la Segunda Guerra Mundial; y no sería raro que, a la inversa, se autotitularan del otro lado "los romanos" para calificar a sus vecinos de "fenicios" o "cartagineses".

No dejan pues de subsistir estas pretensiones, que aparecen muy fuertes en determinados sectores de la alta burguesía, creándose en ellos recíprocos complejos que oscilan, intermitentemente, entre el de superioridad y el de inferioridad.

Los geopolíticos

La geopolítica ha hecho similarmente, un poderoso impacto, sobre todo en los sectores militares de América Latina. En Brasil hay varios libros importantes como: *Projeção Continental do Brasil* de Mario Travassos, Edición de 1938; *Brasil, Geopolítica y Destino* del general Meira Mattos, edición de 1975; y la *Geopolítica do Brasil* del general Golbery do Couto e Silva de 1967. El pensamiento de Comte influyó mucho también en estas cosas. Empero, las nuevas corrientes del pensamiento brasileño y hasta rectificaciones, como en el caso del general Golbery do Couto e Silva, ponen de manifiesto que la geopolítica del viejo estilo, que se dio también en Argentina, puede ser superada. En el Perú, el general Edgardo Mercado Jarrín y el Profesor Emilio Castañón han desarrollado conceptos que dan una nueva versión a la geopolítica apartando de su tesis todo elemento de racismo o de factores geográficos en función de agresividad belicista, para sustituirla por el estudio de los núcleos geográficos que resulten indispensables para el desarrollo pacífico de los pueblos.

En cambio, en el Cono Sur subsisten dos tendencias sumamente peligrosas: la del general Pinochet con sus conceptos geopolíticos que preocupan a todos sus vecinos; y la de ciertos sectores argentinos que, alimentados además por una visión de guerra fría ya trasnochada y con más el ingrediente geopolítico, no dejan reconstituir también preocupaciones.

El securitismo

No debe olvidarse tampoco, el nuevo concepto desarrollo-seguridad, cultivado sobre todo por dirigencias militares en América Latina y que, cuando se le deforma, plantea por un lado exageraciones y, por otro lado, contradicciones. En cuanto a lo primero, la razón de seguridad parece convertirse, en varias ocasiones, en un nuevo estilo de razón de Estado, deformándose la seguridad en securitismo que lesiona a las poblaciones y viola los derechos humanos; y en cuanto a las contradicciones, no se compadece el concepto positivo de seguridad-desarrollo con el hecho político real de permitir un estado de cosas que internacionalmente tolera la intervención: ya sea de las empresas transnacionales ya sea del Fondo Monetario Internacional, ya sea, inclusive, de gestiones diplomáticas o presiones del poder imperial. Esto no sólo afecta la seguridad sino que, inclusive, al propio desarrollo; y, sobre todo, a la libre determinación de los pueblos y al goce efectivo por éstos de los derechos humanos políticos, cívicos, económicos, sociales y culturales. El securitismo comporta así severidad y represión en lo interno; debilidad y

sumisión en lo externo. Pero, a la vez, por aquel lenguaje o si se quiere nociones que recuerda muy bien Andrés Bello ("Nueva Sociedad", No. 27, págs. 33 a 50), por aquel lenguaje decimos de la "sobrevivencia", "antagonismos y presiones", "frente externo", "fronteras ideológicas", etc., resulta la deformación del concepto de seguridad alimentando también ciertas condiciones conflictivas entre países de América Latina. Un ejemplo muy actual se connota cuando el gobierno del general Pinochet adopta la filosofía de Diego Portales, político y doctrinario chileno de las primeras décadas del siglo pasado, en la cual se asientan las ideas geopolíticas del actual gobierno chileno y su pretensión de seguridad-desarrollo vinculada a la expansión.

El conflicto

El conflicto debe afirmarse así: conflicto, en singular. Esto quiere decir o, por lo menos, trata de decir que cualquier conflicto en América del Sur habrá de ser uno solo, pues dañará a todos y a cada uno de tal región. No significa que, necesariamente, estén implicados en el conflicto, si éste es bélico, más de dos naciones. Lo que quiere decir es que sus consecuencias, durante el conflicto supuesto y luego de él, serán negativas para todos y para cada uno.

¿Por qué?. Supongamos que el Estado "A" del Pacífico entra en conflicto con el Estado "B" del Atlántico lo que dará lugar a un resultado que lleve al triunfante a la aspiración bioceánica. En este caso la presencia de un nuevo Estado en dos mares habrá de preocupar a los demás. Ejemplos similares pueden darse respecto de los ríos, de las mesetas y de las montañas.

Por otro lado, en sentido más profundo, un conflicto por pequeño y breve que fuere afecta la integración latinoamericana que debe ser y ya es para muchos el gran objetivo de la región.

En este sentido, tanto las guerras contra el proyecto de Confederación Peruano-Boliviana de la primera mitad del siglo pasado, como la Guerra del Pacífico de 1879, afectaron por supuesto a los países implicados en ella; pero además, sin duda alguna, han conspirado gravemente contra la unidad del Pacífico que es requisito indispensable para un adecuado equilibrio en la región, propicio a la necesaria e indispensable integración de la América Latina. Por eso a cualquier conflicto en Sudamérica, hay que considerarlo dentro del tal contexto.

La situación enclaustrada de Bolivia es, además del caso del Mar del Beagle, motivo de fricciones que han motivado, por segunda vez, la ruptura de relaciones entre Bolivia y Chile. En este caso y en lo que respecta a Arica como solución, las informaciones deleznables de cierto periodismo han oscurecido el problema. Hay un Tratado de 3 de junio de 1929, entre el Perú y Chile, en el cual se establece, en resumen: Arica queda en poder de Chile sin que pueda disponer de esa provincia, salvo un acuerdo previo con el Perú; y sobre Arica pesan (en virtud del mismo Tratado) múltiples servidumbres perpetuas en favor del Perú que puede utilizar canales, aguas, caminos, vías férreas, almacenes, puerto libre, etc., puesto que hay una real y poderosa interrelación entre la provincia de Arica con la de Tacna, que no se puede quebrar porque el propio Tratado, en su letra y en su espíritu, lo está reconociendo. Sin embargo las fuerzas nacionalistas, si son deformantes, pueden cargar un combustible inconveniente a este problema.

¿Cómo puede determinarse el llamado nacionalismo deformante para este y otros casos?. Es suficiente interrogar a la educación de un país. ¿Qué piensan los maestros, los profesores, los educadores?. ¿Qué piensan los estudiantes de todos los niveles, las juventudes?. Estudiantes, juventudes, profesores, maestros y educadores han sido, por lo general, en nuestros países imbuidos de una formación de acercamiento, de unidad de integración. Esto parece alterarse o detenerse cuando algún gobierno retorna a las fuentes nacionalistas del siglo pasado, de cualquiera de las llamadas predestinaciones o de pretensiones expansivas; y se genera así una grave causa de conflicto.

Entre Argentina, Brasil y Paraguay hay una cuestión muy diferente y de menor tensión, como son los proyectos de centrales hidroeléctricas mediante el uso de las aguas de ríos internacionales. Pero esto no parece ser más que un problema científico y técnico; salvo que un error político en el trato internacional pudiera multiplicar el grado de esta cuestión por otros intereses en juego.

El caso de El Salvador y Honduras que dio lugar a la llamada "guerra del fútbol", parece estar en vía de solución con la fructífera labor del jurista peruano Bustamante Rivero, llamado por los gobiernos de esos dos países hermanos.

¿Y la Amazonia?. El problema esencial allí es la defensa de la soberanía para los que realmente están en esa zona, frente a las pretensiones de internacionalización o de penetración internacionalizante sorda. Por eso, la razón del conflicto puede ser en este caso el que un vecino pretendiera reclamarle a otro por la penetración extranjera alrededor del riomar. No es esto una alucinación si se recuerda que en

el siglo pasado Brasil reclamó a Bolivia por la formación del "Bolivian Syndicate", en Nueva York, para explotar El Acre. De allí surgió un problema que terminó con la cesión de El Acre a Brasil por el Tratado de Petrópolis de 17 de junio de 1903. El conocido experto brasileño Arthur Cezar Ferreira Reis sentencia que este Tratado puso "fin al litigio manteniendo El Acre, en definitiva, en las manos del Brasil"; y que significó igualmente que "el peligro de la presencia del capital extranjero, por medios tan imprudentes y la aspiración tan irresponsable de los que lo habían manipulado, en aquella aventura tan singular, con todo el cortejo de consecuencias dañosas, fatales, estaba superado" (A Amazônia e a Cobica Internacional, 3ra. edición, Gráfica Record Editora, 1968, pág. 156). El mismo Ferreira Reis relata (págs. 227 a 234) cómo el geógrafo Edward C. Higbee escribió un artículo para "Geographical Review", Volumen XLI, No. 3, de julio de 1951, titulado El Hombre y la Amazonia en que planteaba la formación de un Estado independiente de la Amazonia; y agrega que el bolsista de la Fundación Nuffield publicó, en 1952, un libro llamado Pueblos hambrientos y tierras despobladas en el cual sostenía que era un crimen mantener tierras de poca población "no utilizadas por motivos políticos, raciales o imperialistas" ante una situación socio-económico-demográfica general y señalaba como tales regiones a la Amazonia, Australia, Argentina y Canadá. El historiador Walter Prescott Webb no escapa a la tentación de pretender, dentro de un análisis de un concepto norteamericano de nuevas fronteras, grandes inversiones en la Amazonia.

Otro amazonólogo brasileño, Genival Rabelo (A Amazônia Brasileira em Foco, julio y diciembre de 1971, No. 6, págs. 132 a 134) relata treintidos hechos que revelan la codicia de la Amazonia por el extranjero, dentro de cuyos casos se citan los contrabandos de Henry Winkham, en 1899, "al servicio de la Corona inglesa". Se precisa que en 1919 durante la reunión de la Liga de Naciones en París el presidente de la delegación de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, en presencia de Epiácio Pessoa, delegado del Brasil, propuso al ministro británico Lloyd George "la internacionalización de la Amazonia"; mientras que en 1923 se crea la Compañía Ford Industrial do Brasil para explotar la riqueza de la Amazonia; en 1928 se hace "intensa propaganda en los Estados Unidos con el objetivo de atenuar el problema racial, transfiriéndose grupos de negros norteamericanos para la Amazonia"; en 1935 Paul Reynaud, ministro de Francia y el representante de Polonia, "ante la exigencia de Hitler para recuperar colonias alemanas, propusieron resolver el problema del espacio vital mediante cesión de tierras de la Amazonia"; durante la Guerra de 1939 a 1945, Nelson Rockefeller "mandó ingenieros norteamericanos a hacer estudios y levantamientos en la Amazonia, sobre todo con miras al aprovechamiento de las riquezas naturales"; en 1967 el "Hudson Institute" "en-

tividad ligada al Pentágono dio publicidad al plan de construcción de grandes lagos en la Amazonia y un año después Herman Kahn, presidente del Hudson Institute, publicó conjuntamente con Antony J. Wirnes, también de aquella organización, el libro *El año 2000 en el cual son propuestas administraciones multinacionales en la América del Sur*".

Estos antecedentes crearon una gran inquietud en los amazonólogos sobre todo brasileños, a punto tal que el Convenio de la Hylea Amazónica de 1948 fue materia de críticas que obligaron a su modificación y, posteriormente, a que el Convenio no avanzara. Por eso y teniendo en cuenta lo ocurrido en diferentes ocasiones y las amenazas de penetración que se han relatado, es que hay que examinar el Tratado de Cooperación Amazónica de 3 de julio de 1978 entre Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela, en lo que se refiere al análisis de este estudio, nacionalismo y conflicto.

El nacionalismo brasileño ya ha sido relatado esquemáticamente y hasta impidió el Convenio de la Hylea Amazónica de 1948. Colombia, Brasil y Perú tienen un entendimiento definitivo. Venezuela y Brasil, si es que alimentaran ideas hegemónicas en algún momento, podrían dar lugar a cierta problemática en la zona y no sólo en ella; mientras que el Ecuador no hace uso del derecho que el Tratado con el Perú le otorga, en el Art. VI del Protocolo de Río de Janeiro, para la navegación amazónica. Perú y Ecuador han desarrollado proyectos de integración sumamente importantes como la Irrigación Puyango-Tumbes. Hoy en día sectores de nacionalismo deformante agitan en el país hermano ciertas tensiones que, en el mes de enero de 1977, dieron lugar a incidentes felizmente superados. En este sentido el Pacto Amazónico de 3 de julio de 1978 puede ser positivo.

Empero, el Pacto en referencia no lo es en lo que atañe a la defensa contra la penetración del poder transnacional. Es un asunto que toca y corresponde a cada Estado, soberanamente. Esto es una verdad inobjetable. Sin embargo, también es otra verdad inobjetable el poder de las empresas transnacionales que se le ha llamado: gigantismo, porque lo es en lo económico, en lo financiero, en lo territorial; y hasta interfiere y penetra constantemente en las políticas de nuestros países. Y si la historia, como fue el caso de Bolivia con Brasil presenta una causa de conflicto por una transnacional y si hay los propósitos penetrantes e internacionalizantes, sin duda alguna que ninguno de los países amazónicos, aisladamente, puede combatir con éxito esas penetraciones; y es necesario por tanto concertarse y unirse para impedir que acciones imperialistas creen contradicciones, inclusive excitando los nacionalismos entre los países de la zona para lograr sus propósitos.

Por consecuencia, si la zona austral del Mar del Beagle es gravemente conflictiva en la actualidad, si en menor grado lo es la mediterraneidad de Bolivia o la cuestión de las centrales hidroeléctricas en Argentina, Brasil y Paraguay; en la región amazónica se proyectaría una posible causa de conflictos, alimentados por los nacionalismos de sectores deformantes, si es que no se toman desde ahora acciones defensivas, previsoras, concordantes, de cooperación y hasta de real integración, con absoluta igualdad y respeto de todas las partes implicadas.

No puede dejarse de citar el caso de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, que dio lugar a serias controversias entre estas dos naciones en 1879, 1887, 1894 y 1907; a nuevos graves incidentes desde 1928 hasta 1932 y a un estado de guerra de 1933 hasta el Protocolo de Paz de 12 de julio de 1935, reforzado por el Tratado de Paz, de Amistad y de Fronteras de 21 de julio de 1938. Esta contienda, como otras, parece haber tenido motivaciones recíprocas de acendrado nacionalismo; aunque también, como se verá después tuvo causas relacionadas con las actividades peligrosas de los consorcios internacionales del petróleo. Felizmente, en estos últimos 40 años parecen haberse restañado las heridas que este conflicto dejara.

El caso de Cuba y otros similares

La Revolución Cubana triunfante el 1o. de enero de 1959, ha dado lugar a una manifestación de auténtico nacionalismo latinoamericano, expresado más por los pueblos que por los gobiernos.

En efecto, esta célebre Revolución apareció dentro del contexto continental de la guerra fría y cuando el poder imperial de la potencia continental se expresaba con la mayor dureza pues acababa de liquidar, en 1954, el esfuerzo progresista habido en Guatemala. Tal poder imperial ejercitó, pues, todas sus presiones para lograr en Punta del Este y luego en Costa Rica decisiones de los gobiernos débiles de América Latina en contra de la hermana República de Cuba.

Pero si esa conducta fue de los gobiernos, con algunas excepciones, fueron muy distintos los sentimientos de los pueblos de la América Latina, que brotaron de modo constante y reiterado para dar su apoyo a la causa del pueblo cubano.

Han sido tan fuertes estos sentimientos de verdadera expresión de solidaridad latinoamericana, cumplida en las bases mismas de las poblaciones, que ni las poderosas campañas de los medios de publicidad, hábilmente manejados, ni la repre-

sión desatada en muchos casos, pudo impedir que las organizaciones populares de nuestros países dieran rienda suelta a su fervor por lo que estaba pasando en la pequeña isla del Caribe, a muy poca distancia del coloso del norte. Se dijo muchas veces que esto recordaba el caso bíblico de David y Goliath y es razonable la comparación.

Y a pesar de las intensas campañas por la vinculación y alianza del gobierno cubano con la Unión Soviética, el caso es que no ha disminuido este sentimiento popular de solidaridad en toda la región latinoamericana. Y llegó a los propios gobiernos cuando, entre 1970 y 1975, se impuso en la propia OEA el concepto del pluralismo ideológico en una acción internacional en la que tuvo figuración especial el entonces Gobierno Revolucionario del Perú de Velasco Alvarado, reanudándose las relaciones de Cuba con muchos de los países latinoamericanos que las habían roto a partir de las reuniones de Punta del Este y de Costa Rica.

¿Cómo debe explicarse la expresión de estos sentimientos a pesar de las decisiones de los gobiernos anteriores a 1970 y de las poderosas campañas diplomáticas, financieras, económicas y de publicidad para desprestigiar el proceso cubano?. En verdad resulta esta explicación fundada en los sentimientos de este nuevo nacionalismo llamado latinoamericano, que se expresa cuando cualquiera de nuestras naciones ingresa a estos trances de liberación. Y lo que se dice de Cuba, puede también afirmarse respecto de Nicaragua en estos momentos de dura lucha, de Panamá en su reivindicación canalera, de Guatemala de 1954 y del Perú durante la Revolución de 1968 a 1975, sin olvidar tampoco los casos de Bolivia; y de Chile durante el gobierno de Allende.

En tales instantes históricos se plantean las más radicales contradicciones entre pueblos y gobiernos. Estos, sometidos o débiles para resistir las presiones del poder imperial del dinero; y aquellos, los pueblos, por el contrario, erguidos en una fraterna solidaridad con el pueblo hermano que en un momento histórico decide emprender su liberación.

Fenómeno similar ocurrió con el nacionalismo peronista argentino.

En todos estos casos surge, de inmediato, la posibilidad del conflicto, sobre todo con algún vecino o varios o con casi toda la región, porque la acción imperialista mueve sus resortes ante los gobiernos dóciles o débiles, con el claro objetivo de amagar las ansias de liberación, de independencia y de autonomía de la nación que ha decidido liberarse.

Sobre este particular es verdad que, desde antiguo, se han movido los intereses de los consorcios internacionales, como lo relata el libro *La Diplomacia del Dólar* de Nearing y Freeman, libro que apareció después de 1920 y que impresionó muy favorablemente a todos los políticos progresistas de América Latina.

Otras voces de pensadores latinoamericanos se han hecho escuchar en distintas ocasiones. José Carlos Mariátegui analizó el fenómeno en una célebre conferencia sobre Internacionalismo y Nacionalismo pronunciada el 2 de noviembre de 1923 en Lima (*Historia de la Crisis Mundial*. J.C. Mariátegui. Ed. Amauta, 1959, Págs. 156 a 165). Haya de la Torre, que expresa otro sector del pensamiento peruano, dice en su libro más importante *El antiimperialismo y el Apra* (Editorial Ercilla, 2a. Edición, 1936, pág. 36): "como el problema es común a todos los países latinoamericanos, en los que las clases gobernantes son aliadas del imperialismo y explotan unidos a nuestras clases trabajadoras no se trata, pues, de una aislada cuestión nacional sino de un gran problema internacional para todas las repúblicas de América Latina. Sin embargo, la política de las clases gobernantes que coopera en todos los planes imperialistas de los Estados Unidos, agita los pequeños nacionalismos, mantiene divididos o alejados a nuestros países de otros y evita la posibilidad de la unión política de la América Latina" (el subrayado es nuestro). Y agrega: "Las clases gobernantes cumplen muy bien los planes divisionistas del imperialismo" y ejemplifica con los incidentes creados entre varios países de América Latina (Colombia, Chile, Ecuador, Perú).

El argentino Arturo Frondizi, expresidente de su país, dice en su libro *Petróleo y Política* (Editorial Raigal, Buenos Aires, 1954, pág. L), refiriéndose al imperialismo y su acción en América Latina y a la necesidad de una orientación independiente: "Tan necesaria es esta orientación independiente de los grupos imperialistas que sus rozamientos han tenido consecuencia en países latinoamericanos, preparándolos para una posible contienda, tal como ocurre entre Perú y Ecuador, o llevándolos directamente a la guerra como sucedió con el conflicto bélico entre Paraguay y Bolivia (Guerra del Chaco). No puede dejar de mencionarse las fricciones que en distintas épocas de la historia se han producido entre Argentina y Brasil. Estas fricciones, que en el pasado respondieron a la política de los centros coloniales, posteriormente fueron alentadas por las potencias imperialistas, que luchan entre sí por el predominio. El enfrentamiento y los malos entendidos entre los países de América Latina, han sido uno de los más grandes males que hemos sufrido, pues solamente la unidad de nuestros pueblos permitirá una acción emancipadora. Dividir para reinar, es el principio que ha guiado la acción imperialista". No escapa al más miope observador que el nacionalismo deformante es

caldo de cultivo muy útil para cualquier propósito imperialista o de las interferencias de las empresas transnacionales que han penetrado honda y peligrosamente en la América Latina, interfiriendo en la soberanía de los Estados (Sobre la interferencia ver Dictamen del Comité Jurídico Interamericano de 13 de febrero de 1976; CJI/OEA-Ser. Q/IV.12, CJI. 17).

En México el propio Presidente Lázaro Cárdenas en 1938, y el que fuera sindicalista Lombardo Toledano (Nacionalizar es Descolonizar . Ed. El Combatiente, México, 1978) y muchos más denunciaron las operaciones de consorcios penetrantes. Celso Furtado, de Brasil, también lo ha hecho; y puede decirse que no hay país latinoamericano en el cual no hayan existido o existan voces responsables que hacen notar la nefasta acción divisionista del poder del dinero y la utilización, en veces, de sentimientos nacionalistas para derivar en tensiones y hasta conflictos entre países de la región.

El caso peruano

En 1968 se produjo en el Perú una honda conmoción política, luego que el gobierno de entonces celebró unos arreglos con International Petroleum Company, sobre yacimientos de petróleo, arreglos que fueron materia de una crítica muy severa de las instituciones y del pueblo. Asumió el gobierno, la Fuerza Armada institucionalmente y, lo que parecía ser un golpe más en el país y en América Latina, se convirtió en el inicio de una verdadera transformación estructural. No sólo los documentos, como un manifiesto, el Estatuto y luego un plan de gobierno, sino sobre todo las acciones asumidas y ejecutadas por el Gobierno Revolucionario fueron una demostración palpable de que algo diferente estaba ocurriendo en el Perú. Se recuperaron los yacimientos del petróleo, se recuperaron minas ya sea por la vía de la nacionalización u otras modalidades jurídicas, fueron nacionalizadas empresas pesqueras, refinerías; se planeó y ejecutó una Reforma Agraria profunda, que dio alrededor de 10 millones de hectáreas al campesinado despojado desde la época de la Conquista; se avanzó una Reforma de la Educación elogiada por la UNESCO; reformas en la Empresa, surgimiento de la Propiedad Social y ascenso y presencia de las organizaciones populares. La Fuerza Armada reconoció que en el pasado había servido a los intereses de la oligarquía y del capital foráneo, pero que ahora asumía su responsabilidad histórica para adelantar una transformación profunda de las estructuras, que debía terminar con la participación plena del pueblo en el poder.

El fenómeno peruano fue de una clara posición nacionalista, asentada en los foros internacionales puesto que la posición internacional del Perú, que habían seguido las reglas y pautas e intereses de la potencia continental, pasó a definirse como independiente y autónoma, pero a la vez a concertarse con los países de la América Latina y del Tercer Mundo y a tomar parte activa en la dirección del Movimiento de los Países No Alineados.

Todo esto creó la mayor preocupación en los centros del poder imperial y del dinero. Se presentaba un nuevo estado de cosas, que no asumía una posición marxista, que se definía por las pautas del nacionalismo y de la participación en aras de construir una democracia integral, política, social y económica. Y como esto tenía no sólo el respaldo sino la dirección de la Fuerza Armada y enorme calor popular, los intereses imperialistas temían, más que a lo que perdieron en el Perú con ese proceso revolucionario, al ejemplo que esto podía significar para otros ejércitos e instituciones armadas de la región.

Por eso, el poder imperial desató una política que puede llamarse de cerco financiero; y también en lo político con base en influir a los gobiernos de otros países de la región e, inclusive, a contribuir a la desestabilización de gobiernos vecinos que seguían también una corriente revolucionaria. Esas presiones y las desestabilizaciones producidas, naturalmente, fueron creando una situación tensa. Los medios de comunicación, dominados por el poder transnacional como lo reconoce J.K. Galbraith (*El nuevo estado industrial*, Editorial Ariel, Barcelona, 6a. Edición, septiembre de 1974, pág. 32), llegaron a desatar campañas mediante las cuales se creaba un clima bélico entre el Perú y vecinos.

En agosto de 1975 se produce un cambio en el gobierno, cesando el general Velasco Alvarado que había dirigido el proceso revolucionario y asumiendo el mandato el general Morales Bermúdez, que continuó el proceso sujeto a las mismas presiones; empero, cuando a mediados de 1976, Morales Bermúdez y su nuevo equipo cambian la política para ceñirse a las reglas del Fondo Monetario Internacional y conciliar con el poder transnacional en desmedro de la línea nacionalista que se había estado siguiendo, las campañas en contra y las presiones van cediendo, así como las tensiones con algunos países vecinos.

Se ve pues claro cómo el poder transnacional y el gobierno que lo cubre, utilizan nacionalismos opuestos para crear o desaparecer conflictos o tensiones entre países de América Latina y, sobre todo, para impedir los procesos de realización autónoma de algunos de nuestros países.

En estos casos se produce la ecuación nacionalismo-conflicto, por la acción extraña de aquellos intereses que, por evitar que prosperen las políticas del nacionalismo, crean las tensiones, las desestabilizaciones e inclusive provocan los conflictos entre países de la región.

El nacionalismo latinoamericano

Al inicio de este análisis se advirtió el nuevo estilo de nacionalismo regional en la América Latina, distinto del fenómeno ocurrido en Europa en el siglo XIX y entrando al actual siglo XX.

Ahora bien, ¿cuáles son los caracteres reales y concretos de este nacionalismo latinoamericano?.

En primer término, una toma de conciencia categórica de haber sido sujetos de las distintas formas de imperialismo operantes en la región: el español, el portugués, el británico y el norteamericano, sucesivamente. Empero, fueron estos dos últimos, el imperialismo británico y el imperialismo norteamericano, los que utilizaron no muy emboscadamente la política de dividir para reinar. Y para ello excitaban todos los nacionalismos. Ya se ha hablado de los casos concretos de la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, porque este último, nacionalísticamente, cerraba la penetración británica.

En la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana y en la Guerra del Pacífico de 1879-1883 hubo fuerte presencia británica en la agresión contra el Perú, a punto tal que el Secretario de Estado de Estados Unidos señor Blaine llegó a decir, a fines del siglo pasado, que la guerra fue Perú contra Inglaterra, porque además una docena de jefes militares o marinos británicos participaron del lado de Chile. Sobre la Guerra del Chaco y las tensiones del Ecuador con Perú, así como entre Brasil y Argentina, ya se ha citado la importante opinión del Ex-Presidente argentino Arturo Frondizi que, en tales casos, la excitación de fuerzas extrañas, imperialistas, agitaron nacionalismos y provocaron conflictos. Por eso es que en América Latina se ha tomado unánime conciencia (excepto las fuerzas plutocráticas que no ven sino el interés del dinero) acerca de que un nuevo nacionalismo, de corte regional, es indispensable para evitar los pequeños nacionalismos que nos han enfrentado por muchos años al impulso de intereses imperiales extranjeros.

Al tomar conciencia de tal situación real continental se ha dado el primer gran paso.

Pero, ¿cómo puede darse el fenómeno regional dentro de múltiples estados pequeños, discrepantes muchas veces por los estímulos ya indicados?.

La segunda toma de conciencia sobre este particular ha sido la necesidad de integrar la América Latina, de unirla de lado a lado, incluyendo México, los Estados del Caribe, Centroamérica y Sudamérica hasta el Cabo de Hornos, habida cuenta además de orígenes comunes, lengua similar con excepciones que confirman la regla, sentimientos religiosos concomitantes, tradiciones, historia, instituciones y, sobre todo, ser sujetos comunitarios de la injusticia y explotación de un estado de subdesarrollo aprovechado por el poder del dinero foráneo.

Grandes líderes y visionarios de América Latina han visto esta necesidad. Bernardo de Monteagudo y José Cecilio del Valle, argentino y hondureño; el gran Bolívar; Santa Cruz; Martí; Antenor Orrego con su tesis Pueblo Continente; el nombre de Indoamérica utilizado por Luis Valcárcel, Mariátegui, Haya de la Torre y otros. El ilustre brasileño Euclides Da Cunha (*A margem da história*, Editora Lello brasileira, 1967, pág. 119), manifiesta iguales impulsos de la unión latinoamericana, citando al ministro boliviano Ignacio Calderón que muy a comienzos del siglo, se dirige a la Sociedad Geográfica de Washington y, a pesar de las reservas de su cargo diplomático, "fríamente, profesoralmente, advierte la hipótesis de la formación de lo que él propuso llamar Estados Unidos de la América del Sur o sea la Confederación política del Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay". Federaciones, Ligas Estados Unidos de América del Sur y aún Belgrano, a comienzos del siglo pasado, proponiendo un Imperio Inca en América del Sur, aparecen, pues, todos estos visionarios; porque en aquellas épocas muchas cosas tendían a dividirse, pero ya esos grandes líderes, de amplio horizonte, tomaban conciencia de la única solución válida para el ascenso de la región e inclusive para su efectiva defensa cabal. Hoy en día ya en los pueblos es unánime (salvo la excepción anotada) este sentimiento de integración; y, concretamente, el Pacto Andino viene a ser algo semejante a lo que proponía el ministro boliviano Calderón; y el SELA una expresión eficaz de unión latinoamericana para la promoción económica y social, en acciones conjuntas, que eviten los conflictos.

Hay otro elemento, que puede llamarse negativo, en la naturaleza real del nacionalismo latinoamericano. Negativo, no porque sea malo; sino, por el contrario, porque repudia, resueltamente, los caracteres de predestinación metafísica, de

predestinación biológica, los conceptos belicistas de la vieja geopolítica, que el nacionalismo europeo presentó sobre todo a fines del siglo pasado. Recusa, igualmente, toda forma de racismo, que todavía perdura en algunos puntos del mundo; y así también no admite la actual deformación securitista del concepto desarrollo-seguridad cultivado por dirigencias militares de la América Latina actual.

Pero hay otra característica de suma importancia. Todos los sectores progresistas y humanistas de América Latina claman por la defensa esencial de la persona humana y de su dignidad y, por tanto, de los derechos humanos tanto políticos como cívicos, económicos, sociales y culturales; derechos que corresponden a la persona, a las familias, a las colectividades humanas, a las poblaciones, a los pueblos. Estos deben ser sujetos fundamentales en cualquier organización y así también para las categorías del Derecho, sea interno, comunitario o internacional. En América Latina esta noción es de suma importancia por cuanto el hecho real es que inmensas mayorías viven despojadas de derechos que, sin embargo, se declaran en las Constituciones y en los Pactos internacionales, sin que se hagan efectivos. Por ende, el nacionalismo latinoamericano tiene que exigir que la noción fundamental de la integración y de las acciones de defensa nacionalista regional y de las medidas para evitar los conflictos, tenga en cuenta que el sujeto principal de todas esas políticas y organizaciones y de las categorías jurídicas es la persona, la familia, los grupos humanos de todos los niveles y las poblaciones, es decir los pueblos. Esto exige el ascenso de las poblaciones a los bienes, servicios, y ejercicio de derechos. En cada nación habrá de ser requisito previo, para que pueda forjarse una unidad de pueblos; y no de intereses mezquinos, que daría lugar a muchas formas de conflictos.

También se destaca en la conducta del nacionalismo latinoamericano el esfuerzo constante y tenaz en la defensa de los recursos naturales, porque esto tiene que hacer, de modo importante, con las causas de conflictos, como ya se ha visto con varias opiniones distinguidas. En la última década la defensa de los recursos naturales ha tomado cuerpo en acciones internacionales a nivel de América Latina, del Tercer Mundo, de los No Alineados, de algunos órganos de la OEA y de las Naciones Unidas. En el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en la reunión habida en Panamá en marzo de 1973, Perú, Panamá y otros estados presentaron un proyecto, que luego fue aprobado como Resolución 330, de defensa de la soberanía permanente sobre los recursos naturales, que además contiene una llamada de atención a aquellos consorcios que interfieren en las políticas de los estados y que, como ya se ha visto, causan conflictos. La Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, promovida por América Latina y en especial por México

y aprobada con Resolución 3281 (XXIX), el 12 de diciembre de 1974, contiene normas relativas a la defensa de los recursos naturales muy categóricas que son expresión de este elemento del nacionalismo latinoamericano, ya visto también con el ejemplo concreto del SELA. E igualmente en el caso del nuevo Derecho del Mar, es América Latina la que actúa conjuntamente, estando a la cabeza, Perú, Ecuador y Chile, para lograr fórmulas de avance del nacionalismo regional.

Sin embargo, tal vez la más trascendente característica del nuevo concepto de nacionalismo latinoamericano, sea que no ha pretendido nunca encerrarse ni siquiera en las fronteras de toda región de América Morena. Surge como defensa frente al imperialismo, como necesidad urgente de cohesión, coordinación, cooperación, interdependencia de iguales para cumplir transformaciones estructurales que comporten el ascenso de los pueblos y la participación efectiva de éstos en los bienes, servicios, derechos y por tanto en el poder. Empero, desde ahora y de inmediato, reconoce la necesidad de un entendimiento y relación equilibrada, libre de presiones, con todos los países del mundo, sin distinción de doctrinas o sistemas políticos. Por eso mismo es que en América Latina se ha intensificado el movimiento por el pluralismo ideológico, a partir de 1970 sobre todo, dirigido por el Perú, que logró imponerse en la cerrada y en algo discriminante OEA que padece todavía los rezagos de la guerra fría. Esto no es sino el producto de una poderosa influencia de la filosofía humanista en la mayoría de los sectores dirigentes de América Latina pero, sobre todo, en el alma de sus pueblos. Estos luchan por ascender, para luego constituir una nueva potencia sin prepotencia.

El nacionalismo latinoamericano, pues, se internacionalizará en la medida en que, satisfechos los requisitos previos - asegurada la defensa de la persona y de los pueblos frente al exterior y el ascenso interno de los mismos en las respectivas jurisdicciones - pueda hacer llegar su mensaje humanista; y, recíprocamente, seguir captando el de todos los demás pueblos del mundo.